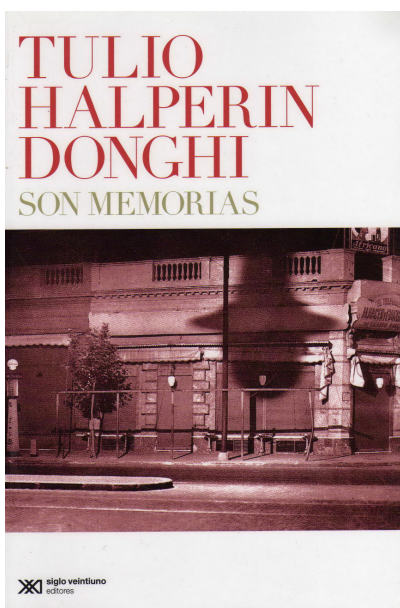


HALPERÍN DONGHI, Tulio, *Son Memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008, 308 páginas, ISBN 978-987-1220-90-8.

Vanina Broda
Universidad Nacional de Rosario



Son Memorias forma parte de la colección “El hombre y sus obras”, incluida en la serie Ciencias Sociales del sello Siglo XXI. Los títulos publicados bajo esta común denominación son los de Roland Barthes, *El Grano de la Voz. Entrevistas 1962-1980* (agosto de 2005), Oscar Terán, *De Utopías, Catástrofes y Esperanzas. Un camino intelectual* (mayo de 2006) y Beatriz Sarlo, *Escritos sobre Literatura Argentina* (abril de 2007).

El libro de Halperín fue editado en el mes septiembre de 2008, y su aparición en el mercado, anunciada con cierta antelación, generó algo de curiosidad en un sector del público académico que ha leído su vasta obra, y que, sin dudas, ansiaba encontrar en un texto de factura diferente algunas pistas para intentar comprender el camino de la formación cultural e intelectual de quien es, actualmente, el historiador más importante que ha dado la historiografía argentina de las últimas décadas.

Referente ineludible al momento de abordar la historia argentina, sus obras han sido leídas –más allá de los desacuerdos o críticas– por todos aquellos que han transitado los caminos formales de la academia, y aún por un público más amplio, conformado por el gran espectro de los intelectuales que buscan en la historia las respuestas que permitan la comprensión del pasado y del presente.

Si bien el título del libro sugiere tal vez un relato más intimista, al recorrer sus páginas se descubre rápidamente que la intención original del autor no es contar su propia historia personal, si no más bien, dar cuenta a partir de ella del proceso más general de un tramo de la historia argentina, del cual Halperín es testigo, aunque mucho más preciso en sus recuerdos y agudo en las percepciones de los contextos, por cierto cambiantes, que marcaron su infancia, adolescencia y juventud.

El libro está presentado en diez capítulos, enmarcados por una breve introducción y un epílogo que cierra las más de 300 páginas que Halperín nos ofrece como una ¿primera parte de sus memorias? Se incluyen algunas fotografías, cuidadosamente seleccionadas por Halperín, que pueden dividirse en dos grupos: las familiares y las “históricas”. Ambos han servido también en la tarea de recordar ese fragmento de su pasado para el que evidentemente no pudo apelar sólo a su memoria.

El relato concluye en 1955, cuando se cierra la década peronista, y fecha significativa también para su propia historia. Puede parecer arbitrario este recorte que deja fuera de su exposición los períodos posteriores en los que Halperín se insertó de lleno en el terreno de la

producción histórica. Sin embargo, lo que el libro nos aporta es justamente un conocimiento sobre los que él mismo llama *años de aprendizaje*, no ajustados únicamente a su formación académica, si no remontando a su educación primaria la curiosidad por el mundo y el deseo de saber. Modelado en el seno de una familia atravesada por el sistema educativo en su vida diaria, el aprendizaje fue incorporado muy tempranamente con total naturalidad, por quien fuera el hijo mayor de un matrimonio de clase media porteña abocado a la docencia. Ese aprendizaje, supervisado básicamente por su madre, se caracterizó por un precoz acercamiento a la literatura, a los idiomas y a la música, que compartió con su hermana menor, Leticia.

Fiel a su tan característico estilo expositivo, en este libro encontrarán quizás un tono más pausado, sobre todo en los primeros apartados que exploran la historia familiar de los Halperín y los Donghi. Una constelación parental que surge precisamente de la experiencia inmigratoria de fines del siglo XIX y principios del XX, descrita en detalle gracias a la conservación de la memoria familiar por la rama femenina, tanto de la línea materna como de la paterna. Son esos relatos heredados los que se enlazan con los recuerdos del propio Halperín configurando el mapa familiar –integrado por la familia judía de su padre y la católica de su madre– en el que sin lugar a dudas los tres abuelos a los que conoció ocuparon un lugar importante en los años de su infancia. Sus padres, Renata Donghi y Gregorio Halperín, adquieren notoria centralidad en la evocación de su pasado, no sólo por lo temprano de los recuerdos aquí recopilados, sino también por la deslizada admiración hacia ellos, que parece filtrarse en las descripciones que los tienen como protagonistas.

A lo largo del libro subyace la intención de construir un relato histórico en el sentido más estricto. Y esto se evidencia en las marcas de la periodización, es decir, en los momentos en los que alguna situación se ha visto transformada, o se percibe que ese cambio está por suceder. Halperín se sirve así tanto de la esfera íntima como de la contextual, entrelazando planos diferentes que han fijado –al hacerlos jugar juntos con el paso del tiempo– recuerdos y experiencias, que le acerca al lector a través de las referencias a la interminable sucesión de mudanzas familiares, a los inicios y los cierres de los ciclos escolares (con los muy bien explorados cambios de escuela), a las pérdidas familiares, o a las esperadas vacaciones.

En este sentido, los pasajes que refieren a su historia personal están presentes en los apartados que componen el libro, y sobre todo en las muy amenas descripciones de sus experiencias de viajes, ya sean las vacaciones familiares –con una clara inclinación por la proximidad del mar, más que de la sierra– o el acercamiento al viejo continente bajo los aún notorios rastros de la Segunda Guerra. Descubren una faceta más personal del autor que si bien se expresa en la narración de algunos momentos de su vida vinculados al ocio, no dejan de aparecer de manera analítica, aguda y profunda.

La tardía aceptación de su destino como historiador profesional –cuyo interés central parecía estar vinculado desde un comienzo a la exploración de la historia argentina– no lo excluyó de los círculos que hasta ese momento configuraban el núcleo más profesionalizado de la disciplina, pero no así el dominante en la universidad, que cuenta entre sus representantes a quienes fueron sus maestros, tal el caso de don Claudio Sánchez Albornoz y José Luis Romero, en Argentina.

El contacto con la historiografía francesa y con *Annales*, se reconstruye en pasajes de singular interés. Allí se describe su experiencia parisina bajo la dirección de Fernand Braudel, su maestro en Francia. Y de quien recibió la ayuda necesaria para la reorientación temática de su tesis, que terminó llevando a Halperín a consultar fuentes en España para completar el trabajo de archivo que le permitió reunir el material necesario para abordar la temática de los moriscos en Valencia. Tesis que terminó de escribir en Argentina, y que marca el fin del período formativo.

Esa demorada toma de conciencia sobre la que sería su ocupación central contrasta con el examen exploratorio que Halperín realiza para llegar a la conclusión de que la historia fue desde siempre la forma en que se relacionó con el mundo. Y en esa relación asume desde el comienzo que el rol de productor es el que quiere ocupar, más que el de consumidor o de transmisor de conocimientos históricos, una vez transitados los caminos formales que le habiliten para serlo.

Es en *Una estación a la deriva*, donde Halperín traza lo que puede interpretarse, por un lado, como una deriva personal, plasmada en la equivocada elección de la carrera de Química, con la que pronto sintió que nada tenía que ver –la imagen de estos años incluye el relato de lo que fue su único ingreso a la cárcel–, y por otro, un marco de deriva, representado por la Argentina, en un proceso por cierto más preocupante, que comprende el período entre el golpe de 1943 y las elecciones de 1946. Luego de dos años dedicados a la Química, en 1947 Halperín les comunica a sus padres su decisión de estudiar historia, y un oportuno llamado telefónico a José Luis Romero, efectuado por Gregorio Halperín, lo coloca en el camino de ser historiador.

Aún cuando cursaba las carreras de Derecho e Historia al mismo tiempo, pero urgido por dar por terminada lo antes posible la primera, para abocarse por completo a la segunda, Halperín publicaba ya artículos en revistas y hasta en el suplemento literario de *La Nación*, poniendo en práctica su propia de experiencia de “aprender a hacer algo haciéndolo”.

Halperín logra transmitir su sensación permanente de extrañamiento con respecto a la universidad, en la que no confiaba plenamente que le iba a proporcionar la formación académica de un nivel esperable para sus proyectos, pero a la que debía acudir inevitablemente para lograr las credenciales necesarias para ejercer la profesión de historiador, de pleno derecho. Es casi la misma con respecto a la imagen de exclusión o marginalidad que el grupo del cual formaba parte, un poco por herencia y otro tanto por vocación, comenzaba a sentir de manera más notoria a medida que la revolución peronista conquistaba nuevos terrenos, y afirmaba la idea de los marginados de que ambos territorios, es decir, la universidad y el más amplio campo cultural, iban a seguir siendo totalmente extraños para ellos. De lo cual sobrevino una resignada aceptación, que se logró, en un primer momento, por poner en primer plano la esperanza futura de un cambio de situación, y luego, por un no deseado reconocimiento de que existían otras alternativas para ganarse la vida, sobre todo vinculadas a la producción editorial, las traducciones y las correcciones. Aunque esta opción fue opacándose como tal al ritmo de la recuperación de las editoriales de ultramar, que habían sufrido unos años antes las consecuencias de la segunda guerra mundial, visibles en este como en tantos otros aspectos del aquél período.

Un extrañamiento que también está acompañado de análisis históricos realizados a la distancia, como cuando Halperín tuvo oportunidad de viajar a Italia en 1950, y un año y medio después a Francia y España –con las previas experiencias proporcionadas por “la otra orilla”, en referencia a sus frecuentes vacaciones en la costa uruguaya. Con la asumida postura de un observador que sigue los acontecimientos pero de los que no se siente protagonista, refuerza esa convicción en la confirmación de que la política siempre fue más un espectáculo que un terreno para la acción. Es un rasgo que caracteriza las miradas de Halperín sobre la realidad argentina, un historiador preocupado principalmente por la historia de su país, pero de la que permanece alejado, aunque sometiéndola a un análisis permanente. Una situación que tal vez no le haya incomodado tanto.

Uno de los atractivos de este libro se encuentra tal vez más que en ningún otro rasgo, en el de haber convertido a los recuerdos en fuentes históricas y al mismo tiempo en esa vuelta al pasado personal el haberles otorgado una nueva entidad surgida de los lazos que se trazan entre ellos, dando como resultado un producto particular, en el que también de deslizan algunos supuestos teóricos y prevenciones sobre la labor que el autor se ha propuesto llevar a cabo en esta oportunidad.

Aunque el relato de Halperín, tal como él lo anuncia, concluye formalmente en 1955, las marcas del presente en el que el autor redactó sus memorias se filtran indefectiblemente, delineando al menos dos aspectos de alguna importancia. Uno de ellos se vincula con su preocupación por entender al peronismo y a su notoria longevidad como movimiento político. Sin lugar a dudas porque su vida transitó los años en que la irrupción del peronismo en la escena política argentina dejó marcas mucho más duraderas y problemáticas de las que los contemporáneos a este proceso se arriesgaron a imaginar y que los acontecimientos más recientes vuelven a poner en evidencia, y por lo tanto, la reincidencia en el análisis de un fenómeno tan complejo –que no es el objetivo por cierto de este libro– se vuelve casi inevitable.

El segundo punto se relaciona con el resultado de un texto que “es el imprevisto primer fruto de un proyecto editorial que tuvo en su origen un objetivo distinto” (pág. 9), en palabras de Halperín. Los editores habían diagramado una serie de entrevistas siguiendo el modelo propuesto por Luna y Romero en *Conversaciones con José Luis Romero*¹, en las que Halperín Donghi ocuparía el rol de entrevistado repasando su trayectoria intelectual. Como queda claro, el resultado fue otro. Un libro difícil de clasificar, y notoriamente rico en pasajes que dan cuenta de la experiencia de un historiador en formación, que el ya maduro ofrece con cierta coherencia, en sintonía con una mirada retrospectiva que se sustenta en un recorrido que puede ser percibido también como más azaroso y menos lineal de lo que un presente de consagración invitaría a pensar.

Palabras clave: Historia Argentina, historiografía, historiadores, intelectuales.

Key words: Argentinian history, historiography, historians, intellectuals.

¹ Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con Historia, Política y Democracia*, Buenos Aires, Debolsillo, 2008 [1era. ed. diciembre de 1976].